

MIRAR JUNTOS A JESÚS



Queridos hermanos y hermanas, los compromisos tras el Capítulo General hacen que sólo ahora pueda escribiros una breve carta de Navidad. También es cierto que los discursos de apertura y conclusión del Capítulo ya os han llegado en casi todas las lenguas, y estoy seguro de que vuestros superiores os han hecho o os harán partícipes de la experiencia de este momento tan importante en la vida de la Orden, así como de las decisiones y documentos que el Capítulo ha expresado en apoyo del camino de la Orden en los próximos años.

Seguir a Pedro para seguir a Cristo

Todos conocéis la breve pero intensa descripción que la *Carta Caritatis* hace de la reunión de todos los superiores de la Orden: “Que se preocupen de la salvación de sus almas; que tomen disposiciones sobre la observancia de la santa Regla o de la Orden, si hay algo que corregir o aumentar; que se reformen entre ellos por la paz y la caridad” (CC VII, 2).

Ciertamente, todo Capítulo General tiene aspectos positivos y negativos, momentos de gracia y comunión fraterna, así como momentos de conflicto y luchas de poder. Todo ello forma parte del “caminar juntos”, es decir, del camino sinodal, de los discípulos de Cristo. No debemos escandalizarnos ni desanimarnos por nuestras mezquindades, pero sobre todo no debemos olvidar dar gracias al Señor por mantenernos juntos en este camino y hacernos experimentar una y otra vez la belleza de nuestra vocación y misión.

Como dije en mi discurso de clausura, el momento de mayor gracia de este último Capítulo General fue sin duda nuestro encuentro con el Papa Francisco y el discurso que nos dirigió el 17 de octubre. Hemos experimentado con qué fuerza Pedro es en la Iglesia el que tiene la misión de reformar en nosotros y entre nosotros, como dice la *Carta Caritatis*, “el bien de la paz y de la caridad”.

El Papa Francisco ha encontrado la manera de sugerirnos lo que hay que “corregir y aumentar” entre nosotros para que la vida de la Orden esté al servicio de la salvación de nuestras almas y de toda la humanidad. Por eso sentí inmediatamente que el primer compromiso que debía asumir al retomar mi servicio como Abad General era el de asumir con todos vosotros las palabras del Papa como una indicación segura, inspirada por el Espíritu Santo, para orientar y estimular la continuación de nuestro camino común. Porque sólo siguiendo a Pedro seguimos a Cristo, y sólo siguiendo a Cristo estamos seguros de no perdernos, de no perder la orientación correcta de nuestro carisma, incluso en la rica variedad de las diferentes observancias.

El carisma de la común observancia de Cristo

Es precisamente en la palabra “observancia” en la que quisiera centrarme en esta carta de Navidad, dejando para cartas futuras otros temas del discurso del Papa que sin duda tendremos que profundizar.

Sabemos que nuestra Orden tiene el título oficial de *Orden Cisterciense*. La calificación de “común observancia”, como también dijo el Papa, es para distinguirnos de otras observancias “especiales”, como la “estricta observancia”.

El Papa ha devuelto el valor a una expresión percibida casi como despectiva, mostrándonos el modo en que podemos vivir nuestra observancia de un modo especial. No tiene sentido comparar diferentes observancias, no sólo entre Órdenes, sino también entre nuestras diferentes Congregaciones o entre comunidades individuales. No pocas veces, la competencia por la observancia crea tensiones incluso entre monjes o monjas de la misma comunidad. Por el contrario, se trata de vivir cada observancia de un modo que la realce desde dentro. Nuestra observancia no será mejor si nos comparamos con los demás exteriormente, sino si la vivimos de forma evangélica, poniendo a Cristo en el centro. El Papa nos ayuda a comprender que una observancia no es buena si es exteriormente mejor que la de los demás, sino si está animada por dos dimensiones profundas de toda vida y vocación cristianas: la atención contemplativa al Señor y la comunión fraterna.

Fue bueno escuchar del Papa que estos dos elementos fundamentales de la vida cristiana están, por así decirlo, inscritos en nuestro carisma, es decir, son el don de la gracia que puede unirnos siempre para seguir a Cristo con alegría y esperanza. De hecho, el Papa Francisco dijo: “Este don que hemos recibido no deja de asombrarnos y alegrarnos: ser su comunidad, tal como somos, no perfectos, no uniformes, no, no así, sino *con-vocados*, implicados, llamados a estar y caminar juntos detrás de Él, nuestro Maestro y Señor. Esto, hermanos y hermanas, es la base de todo. Les agradezco que lo hayan subrayado y les animo a reavivar su deseo y voluntad hacia esta observancia común de Cristo.”

Sólo partiendo de esta gratitud por nuestra vocación, por el carisma que todos hemos recibido y por la llamada a vivirlo juntos, podremos reformar verdaderamente “el bien de la paz y de la caridad”, no sólo para nosotros y entre nosotros, sino para el mundo entero, que hoy, más que nunca, tiene una necesidad vital de ello.

Mirar juntos a Jesús

Entonces entendemos que el primer y fundamental compromiso que se nos pide después de este Capítulo General, y mi primer y fundamental compromiso como Abad General, es mirar juntos a Jesucristo, no en primer lugar a nosotros mismos o entre nosotros, sino a Cristo. Cuando no miramos primero al Señor, siempre acabamos juzgando, condenando y dividiéndonos. En cambio, mirando juntos a Jesús, con asombro nos descubrimos unidos por Él, por su presencia, por su mirada, por su palabra, por su amor hacia nosotros. Es una experiencia que el Papa nos llama a hacer como Orden, en cada comunidad, y también entre todos los superiores. Es la experiencia que toda la Iglesia está llamada a hacer, que todos los cristianos estamos llamados a hacer para redescubrir siempre una unidad, una comunión, que no son obra nuestra, sino el reflejo luminoso del rostro de Cristo en nosotros, ese reflejo luminoso que, como Jesús nos prometió, permite al mundo entero creer que el Hijo es enviado por el Padre para salvar a la humanidad (cf. Jn 17,21).

El Papa trazó con sencillez la modalidad de esta “observancia común de Cristo”, como una práctica de oración y meditación que debería resultarnos familiar en la escuela de san Benito, san Bernardo y nuestra tradición cisterciense: “Observar a Jesús. Como un niño que observa a su papá, o a su mejor amigo. Observar al Señor: su forma de hacer, su rostro, lleno de amor y de paz, a veces desdeñoso ante la hipocresía y la cerrazón, y también turbado y angustiado en la hora de la pasión. Y este observar, hacerlo juntos, no individualmente, hacerlo en comunidad. Hacerlo cada uno con nuestro propio ritmo, ciertamente, cada uno con nuestra propia historia única e irrepetible, pero juntos.”

Estas palabras nos invitan ante todo a detenernos, a perder tiempo mirando al Señor, escuchando su Palabra, rezando. Esta práctica de la observancia común de Cristo es un espacio de gratuidad que todos necesitamos, a pesar de las muchas urgencias que tenemos que afrontar. Lo necesitamos porque quien mira a Jesús no mira una imagen estática, sino un Rostro vivo que, al contemplarlo, irradia sobre nosotros, transformándonos con el don del Espíritu Santo.

Mirando a Cristo, “su forma de hacer, su rostro, lleno de amor y de paz, a veces desdeñoso ante la hipocresía y la cerrazón, y también turbado y angustiado en la hora de la pasión”, nos damos cuenta de que todo lo que vemos en Él se hace nuestro, que su forma de hacer se hace nuestra, que su rostro se hace nuestro rostro, su mirada se hace nuestra mirada. Nos damos cuenta de que Su amor y Su paz invaden nuestros corazones y nuestras relaciones. Se nos da así también su verdad frente a la hipocresía, propia o ajena, así como su turbación y angustia para confiarlas al Padre y vivirlas como participación en la turbación y angustia de tantos hermanos y hermanas nuestros.

Mirando a Jesús con atención y deseo, nos damos cuenta de que Él se convierte cada vez más en el sujeto de nuestra vida, viniendo a vivir en nosotros, dándonos su comunión filial con el Padre en el don del Espíritu Santo.

Como los pastores y los Reyes Magos

“Y este observar, hacerlo juntos, no individualmente, hacerlo en comunidad”, insistió el Papa Francisco. ¿Qué significa esto? ¿Por qué esta insistencia?

No es algo para comprender, sino para experimentar, porque al experimentarlo comprendemos, vemos que es verdad, que es bueno, que es fructífero y que es bueno para nosotros.

A menudo vemos que tanta indiferencia y división provienen de la forma en que nos miramos unos a otros. Sólo mirando a Jesús, y observando su mirada sobre nosotros y sobre los demás, descubrimos una luz nueva sobre nosotros mismos y sobre los demás. La mirada justa sobre todos y sobre todo no es la nuestra, sino la del Señor de la verdad y de la misericordia. Mirando juntos a Jesús, como deberíamos hacer en cada acto comunitario, en cada celebración litúrgica, particularmente en la Eucaristía, descubrimos que Jesús primero “nos ve juntos”, tiene una mirada sobre cada uno de nosotros que nos reconoce inmediatamente como hermanos y hermanas en Él. Cristo tiene una mirada que une, que crea comunión. Cristo tiene la mirada del Padre que nos reconoce a todos como hijos suyos, a todos como un solo rebaño y un solo Cuerpo del Hijo unigénito.

Reconocerlo nos pide ante todo una actitud de humildad, que acepte que siempre necesitamos pasar por Jesús para estar unidos, amarnos, caminar juntos y vivir nuestra vocación y misión.

En el Evangelio de Juan, se narra que unos griegos se acercaron a los apóstoles con la petición: “¡Queremos ver a Jesús!” (Juan 12,21). Ellos también querían verle juntos. Cuando Jesús fue informado de este deseo, comprendió que se cumplía su misión pascual: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.” (Jn 12,23-24)

Quizá el Papa nos ha pedido que miremos juntos a Jesús precisamente por eso, para que la misión de Cristo se realice en nosotros, en nuestra Orden, y el grano de trigo de nuestro carisma dé “mucho fruto” en la Iglesia y para el mundo, fruto de comunión, de fraternidad universal por la que hemos sido llamados a dar la vida.

Incluso los sencillos pastores de Belén, o los refinados Magos venidos de Oriente, querían ver juntos a Jesús. Hagamos nuestra y compartamos entre nosotros y con todos, la invitación que se dirigieron entre ellos, como el mejor regalo de Navidad que podemos intercambiar: “¡Vamos con alegría al encuentro del Señor!”.

Fr. Mauro - Giuseppe Lepori O.Cist

P. S.: Quisiera comunicaros que del 11 de enero al 13 de febrero de 2023 me retiraré a un monasterio de Inglaterra para pasar un “mes sabático”, durante el cual deseo detenerme a mirar al Señor y escucharle, para que nos ayude a seguirle juntos por el camino que Él nos traza. Gracias por respetar este tiempo de retiro, escribiéndome sólo para asuntos de extrema urgencia. ¡Estaréis todos muy presentes en mis oraciones y cuento con las vuestras! ¡Feliz Navidad y bendito Año Nuevo! Vuestro, Fr. MG